

---

# Una década de extensión cultural

a, citation and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

brought to

provided by Revistas Científicas de la

## Inicios

Diseñar y poner en marcha un proyecto, sea del carácter que sea, siempre implica una sugerente mezcla de ilusión e incertidumbre. El reto ya no es sólo saber si se acierta en los objetivos, contenidos y métodos, sino también en encontrar un equilibrio entre el necesario pragmatismo de ajustarse a la realidad con los medios disponibles y la valentía de ser lo suficientemente atrevido y arriesgado en los enfoques.

Mi llegada a la Universidad de Santiago de Compostela en enero de 1991 para ocupar la plaza de Director del Área de Cultura era en principio un reencuentro. Volvía a la institución en la que había estudiado mi carrera tras diez años de ausencia. Una década a lo largo de la cual pasé por diversas experiencias personales y profesionales en diferentes instituciones. La convocatoria por parte de la Universidad de Santiago de la recién creada Dirección del Área de Cultura era una oportunidad muy apetecible; me presenté a la oposición y, finalmente, allí estaba.

A pesar de que la universidad compostelana estaba a punto de cumplir 500 años, suponiéndose que por su antigüedad ya pocas cosas podrían cambiar, la realidad era que en los años que transcurrieron desde que dejé de sentarme en sus aulas la situación había mudado sustancialmente.

En mi cabeza no dejaba de rondar una de las premisas básicas que había aprendido sobre la intervención cultural: "territorio, territorio, territorio". Para diseñar adecuadamente cualquier proyecto cultural se ha de conocer bien el territorio sobre el que se va a actuar: el territorio sobre el que yo iba a empezar a intervenir había cambiado... ¡y mucho! ya que la Universidad de Santiago había sufrido una serie de im-

DOI: <http://dx.doi.org/10.25267/Periferica.2002.i3.09>

portantes transformaciones desde el punto de vista de su papel como generador de cultura. De ser una única universidad para toda Galicia, con siete campus, vivió su segregación en tres universidades quedándose sólo con los campus de Compostela y Lugo. De ser prácticamente la única institución que programaba actividades culturales en la ciudad, vio cómo su papel quedó eclipsado por la asunción de sus propios papeles como dinamizadores culturales del Ayuntamiento (Auditorio de Galicia, Teatro Municipal, Palacio de Congresos y Exposiciones, Pabellón Multiusos de Sar...), de la Xunta de Galicia, la puesta en marcha de la Autonomía y la Capitalidad de Compostela. Había perdido su brújula y andaba perdida entre las sombras de tanta programación "de envergadura".

Por otra parte, la universidad estrenaba Área de Cultura y había que darle forma y contenidos, precisamente adaptándose a las nuevas situaciones antes mencionadas. Además, un nuevo equipo rectoral acababa de estrenarse con todo lo que esto conlleva de ajustes, reorientaciones y tiempos de asentamiento.

En realidad, esta situación global llena de incógnitas implicaba dificultades, pero también era una oportunidad para comenzar cosas desde cero. El aterrizaje, pues, iba a ser todo un reto y lo primero que había que hacer era escuchar la llamada del territorio: analizar las nuevas realidades y definir cuál era el papel que debería desempeñar la Universidad de Santiago en el contexto de la ciudad.

Mi trayectoria y la del propio servicio se inició analizando la situación existente. Había dos campus (Compostela y Lugo) con perfiles bien diferentes y, aunque el peso de Compostela era evidentemente muy superior (en implantación y número de alumnos), no se podía dejar de lado a Lugo que, todo sea dicho, carecía casi por completo de actividad.

De entrada, lo primero que había que hacer era adaptarse a lo que teníamos e intentar optimizar esfuerzos, personal y espacios para hacer cosas. Luego, habría que ir diseñando nuevas propuestas para ir poco a poco organizando, mejorando y ampliando los recursos. Era obvio que para todo ello era imprescindible

dible contar con el apoyo y la implicación del responsable político, pero resultaba que la persona que ocupaba el puesto de vicerrector de política cultural sólo se había comprometido a estar en el cargo de manera provisional durante un curso, con lo cual en seis meses se produciría un relevo. Esto condicionó enormemente cualquier intento de asumir compromisos a medio plazo. Aunque esta circunstancia pudiera parecer en principio un obstáculo, me sirvió como periodo transitorio para diseñar una serie de previsiones y proyectos a medio-largo plazo que intentaría comenzar a materializar con la llegada del nuevo responsable y, mientras tanto, mantener los mínimos que ya existían hasta entonces.

Las conclusiones generales a las que llegué en este periodo para los dos campus se resumen en:

En el campus de Compostela, la universidad tenía que recuperar su lugar propio en el contexto cultural de la ciudad. Ya no tenía que sustituir a otras instituciones programadoras, sino complementarlas aportando, además, su impronta universitaria.

En el campus de Lugo, la universidad se encontraba en una situación semejante a la que existía en Santiago años atrás. Lugo prácticamente carecía de vida cultural y la universidad iba a tener que asumir un papel dinamizador que, en sentido estricto, no le correspondería.

Sobre estas dos reflexiones globales descansarían todos los enfoques y previsiones que a partir de entonces habría que desarrollar.

## Desarrollo

A los seis meses tuvo lugar el anunciado relevo de vicerrector y, de alguna manera, llegó el momento de comenzar a intentar materializar el conjunto teórico de reflexiones en el que hasta entonces me había movido. Gracias a la buena disposición del nuevo responsable, y a lo largo de tres cursos académicos, se fueron perfilando y desarrollando toda una serie de intervenciones y decisiones que poco a poco dieron forma a un proyecto de ex-

tensión cultural universitaria.

En una primera fase, y de manera prioritaria, había que constituir un equipo de trabajo -piedra fundamental de cualquier servicio- con los recursos humanos suficientes para gestionar los programas. Tras una ardua y tediosa cadena de promociones internas, comisiones de servicio y creaciones de plazas, se consiguió una plantilla de diez personas estables y otros tantos colaboradores, articulándose una apropiada estructura técnica, administrativa y artística.

En otra fase, paralela a la anterior, era necesario acondicionar espacios culturales para poder ubicar físicamente los programas. Desde fuera, siempre parece que una universidad cuenta con innumerables espacios para hacer cosas (¡...tantas facultades, tantas aulas, tantas salas...!) y, sin embargo, es siempre uno de los apartados más conflictivos. Sin contar las inadecuadas condiciones técnicas que tienen la inmensa mayoría de los espacios existentes en las facultades, éstos suelen estar lógicamente siempre ocupados con las actividades docentes y en los horarios no académicos la estricta jornada laboral de los trabajadores dificulta enormemente su uso. Nuestro esfuer-

zo se centró en conseguir espacios propios para actividades culturales que nos permitieran programar sin impedimentos y prescindir de espacios ajenos en cesión (siempre supeditados a la generosidad y disponibilidad de los titulares) o en alquiler (extremadamente gravosos). Con razonables períodos de negociación, se consiguió recuperar el auditorio y habilitar el salón artesonado y capilla del antiguo Colegio de Fonseca. El auditorio, aunque con importantes limitaciones técnicas, nos cubría las necesidades en materia de música y cine y los espacios del antiguo Colegio de Fonseca podrían convertirse en excelentes salas de exposición. El campus de Lugo, carente de espacios apropiados, tendría que seguir dependiendo de acuerdos

---

La cadena diseño-producción-ejecución-evaluación se convertía con frecuencia en inquietante mientras no llegaba a su final para poder sacar conclusiones

con otras instituciones.

Es cierto que raras veces se alcanzan objetivos óptimos al cien por cien -y los logros en personal y espacios no lo eran- pero sí se pueden organizar las cosas para optimizarlas al máximo. Eso fue lo que intentamos a la hora de trabajar la tercera y definitiva fase: desarrollar los programas. Con un excelente equipo de personas y unos espacios aceptables, fuimos poniendo en marcha distintas propuestas que en mayor o menor medida respondían a ese análisis teórico que había elaborado en los primeros meses de mi llegada al puesto, basado fundamentalmente en el enfoque, insisto, sobre el territorio. Desde ese enfoque, las conclusiones para el campus de Compostela se concretaron siguiendo el esquema de "si las otras instituciones y entidades de la ciudad programan esto, ¿qué podemos aportar nosotros que marque un sello diferenciador universitario?". Los criterios para obtener las respuestas fueron básicamente la búsqueda de complementariedad con los programas del resto de la ciudad, de una función social, de dosis razonables de riesgo y alternativa, del fomento de hábitos culturales, de la formación integral y de vías de interacción. A partir de estos criterios, encontrar las respuestas fue relativamente sencillo: frente al cine comercial, ciclos de cinematografías infrecuentes; frente a la música sinfónica y de gran formato, música de cámara; frente al teatro de compañías, teatro universitario; frente a las grandes exposiciones, fotografía y arte emergente; frente a los macroconciertos estivales, ciclos de invierno de músicas de raíz... y talleres, cursos, ayudas a actividades culturales de la comunidad universitaria y foros de discusión. El caso del campus de Lugo, bien distinto al de Santiago, se caracterizaba por el hecho de que la ciudad adolecía de una importante carencia de programación, lo que en cierto modo permitía intentar trasladar parte de las propuestas compostelanas allí en la medida de nuestras posibilidades.

A partir de aquí surgieron muchas ideas y recuerdo toda esa etapa como un gran campo de experimentación. En muchas ocasiones no era fácil convenir a las autoridades universitarias de la viabilidad de

determinadas propuestas, otras veces poníamos en marcha proyectos que ni nosotros mismos sabíamos si funcionarían. Como siempre, una cosa es el planteamiento teórico y otra bien distinta es cómo resultan en la práctica. Lo cierto es que íbamos iniciando cosas para luego esperar resultados y la cadena diseño-producción-ejecución-evaluación se convertía con frecuencia en inquietante mientras no llegaba a su final para poder sacar conclusiones.

Afortunadamente, la mayoría de los programas que fuimos desarrollando dieron unos resultados más que razonablemente satisfactorios. Los errores nos permitieron rectificar enfoques, reconducir intervenciones e incluso descartar cosas que simplemente no funcionaban. Pero, en última instancia, este periodo de desarrollo que duró un lustro fue extendiendo sus ramas y echando raíces hasta conformar un panorama que dio vida a los espacios, hizo madurar y cohesionar un buen equipo de trabajo y estableció un abanico de programas que ocupó con dignidad, reconocimiento y orgullo su lugar tanto en Compostela como en Lugo.

### Un curso para cinco siglos

El curso 1995-96 fue clave para el asentamiento de todo el trabajo que hasta entonces veníamos realizando desde el Área de Cultura ya que se celebraba el V Centenario de nuestra universidad. Tanto la ciudad de Santiago como la de Lugo como toda la Comunidad Autónoma en general se volcaron en apoyar incondicionalmente la conmemoración. Se trató de un curso verdaderamente extraordinario tanto por la cantidad como por la envergadura de la programación cultural, pero lo más importante para nosotros fue sin duda que supuso una oportunidad de oro para consolidar toda una serie de acciones que se venían desarrollando desde atrás.

Uno de los hechos que más habría de influir en el futuro de nuestro servicio fue la rehabilitación por parte de la Xunta de Galicia de la Iglesia de la Compañía. Esta iglesia, una impresionante joya del barroco

español originalmente de los jesuitas pero que pasó a la universidad cuando la Compañía de Jesús fue expulsada de España, llevaba varios años cerrada con su consiguiente deterioro. La rehabilitación fue realizada fundamentalmente para alojar una exposición sobre la historia de la universidad y, posteriormente, pasaría a depender de nuestro vicerrectorado. No sin polémicas con la Iglesia (el templo llevaba tiempo desacralizado para el culto y algunos sectores de la ciudad deseaban que volviera a su función religiosa), tendríamos un maravilloso espacio para exposiciones y conciertos.

Por otra parte, el diseño de actividades programadas durante ese curso 95-96, que no era más que un refuerzo más ambicioso de los programas que ya llevábamos un par de cursos poniendo en marcha, llamó con mayor eco la atención de instituciones, ciudadanía y comunidad universitaria. Esto incrementó la difusión de las actividades y aceleró la consolidación de públicos en las distintas propuestas.

Está claro que este tipo de efemérides, cuando cuentan con la convergencia colectiva, suponen una extraordinaria eclosión pero muy fácilmente pueden ser efímeros fuegos de artificio. Pero si existen antecedentes de un trabajo serio y riguroso y se aprovechan los fastos para mejorar dotaciones e infraestructuras, estos eventos pueden ser un excelente motor para la proyección hacia el futuro. En el caso de la Universidad de Santiago fue así. Incluso el campus de Lugo se vio beneficiado del acontecimiento ya que tres instituciones fundamentales de la ciudad (Ayuntamiento, Diputación y Caixa Galicia) se unieron a la universidad para consolidar un sustancioso convenio a cuatro partes para impulsar su vida cultural, poniendo en manos de la universidad la práctica totalidad de la programación; este convenio sigue en vigor a día de hoy.

Toda esta situación supuso un reto para los que conformábamos el equipo de extensión cultural ya que, por un lado, teníamos que desarrollar con eficacia y esplendor todo un ambicioso programa extraordinario pero, por otro, debíamos aprovechar bien la

oportunidad para sentar líneas de actuación y prolongar los efectos beneficiosos de la bonanza hacia el futuro. Ahora, después de un lustro y con la calma de una mirada retrospectiva, puedo sostener que el grueso de lo que hoy supone la estructura estable de nuestra extensión cultural está asentada sobre los cimientos que se consolidaron en ese V Centenario. A fin de cuentas, cinco siglos tenían que notarse en algo...

En infraestructuras, conseguimos custodiar, habilitar y dotar dos de los mejores espacios expositivos de la ciudad: la Iglesia de la Compañía y el antiguo Colegio de Fonseca (salón artesonado, capilla y sacristía). Además, todo el material auxiliar de la gran exposición sobre la historia de la ciudad (vitrinas, expositores, muros efímeros), diseñados para poder ser perfectamente reciclados, siguen sirviendo de apoyo a gran número de otros montajes. La Iglesia de la Compañía serviría también como sala de conciertos de música clásica, incluyendo su rehabilitado órgano barroco. Sobre esta base se consolidó, por una parte, un denso calendario de exposiciones en el que tienen un gran peso específico la fotografía y el arte emergente y, por otro, un programa de ciclos temáticos anuales de música de cámara y de órgano.

Con relación a otras áreas, se consolidaron diferentes elementos que acabarían completando la identidad programática que hoy caracterizan la extensión cultural de la Universidad de Santiago. Así, en las artes escénicas y musicales se afianzó el Aula de Teatro con sus producciones anuales y su Festival Internacional de Teatro Universitario, así como el ciclo Tribus Ibéricas de músicas de raíz y el Grupo de Creación Musical y se creó el Espacio Universitario de Danza Contemporánea.

Las celebraciones del V Centenario pasaron con los objetivos bien cumplidos y el desafío subsiguiente sería mantener los programas y acciones con los presupuestos restrictivos que la vuelta a la normali-

---

La difusión cultural es la línea en la que la proyección hacia la sociedad es más evidente



dad imponía. Esta lucha contra los presupuestos continúa hoy.

## Consolidación

Comenzaba este artículo diciendo que llegué al Área de Cultura de la USC diez años después de abandonar sus aulas. Hoy escribo tras una década de esas primeras preocupaciones por ajustarme al territorio como punto de partida para desarrollar mi labor. Debo decir que ninguna de mis intenciones se habría materializado sin la inestimable participación del excepcional grupo de personas que conforman el equipo de trabajo del servicio ni sin el admirable compromiso de los distintos responsables políticos que pasaron por el vicerrectorado en este tiempo. La eficacia en la gestión, la consonancia en la comprensión de objetivos y enfoques, la entrega e identificación con los proyectos por parte de toda la gente implicada fueron indispensables para alcanzar los distintos objetivos y poder hoy decir que la extensión cultural de la Universidad de Santiago de Compostela ha conseguido definir su lugar y su propio territorio en el contexto diferenciado de sus dos campus. Y este lugar se alcanzó combinando equilibradamente el cumplimiento de los propios compromisos dentro de la comunidad universitaria con la extensión hacia la sociedad en la que está inmersa.

El tiempo transcurrido me permite ahora realizar una descripción del panorama de la extensión cultural en la USC casando las primeras reflexiones teóricas con las consecuciones prácticas actuales. El esfuerzo por identificar las peculiaridades del territorio llevó subsiguientemente a ir llenando de contenido los cuatro grandes pilares que definen la extensión cultural (promoción cultural, producción cultural, formación cultural y difusión cultural) hasta conformar la configuración que hoy tenemos, configuración que en ningún caso supone un trabajo cerrado sino, por el contrario, una constante vocación hacia la actualización y la rectificación autoevaluativas.

Así, la línea de la promoción cultural busca el

apoyo y la incentivación de la creación cultural y la organización de actividades. En este sentido, la Convocatoria de Ayudas a Proyectos Culturales es un programa anual de subvenciones a proyectos de la comunidad universitaria. Los programas Procesalia y Ciclo de Nuevos Intérpretes son, respectivamente, una plataforma para artistas plásticos emergentes y una plataforma de conciertos para nuevos músicos. En el ámbito de la fotografía se convoca el Certamen Fotográfico del campus de Lugo.

La línea de la producción cultural presenta marcos estables de participación activa para el desarrollo de experiencias artísticas. El Aula de Teatro, el Espacio de Danza Universitario, el Coro y el Grupo de Creación Musical son los más significativos.

En cuanto a la formación cultural, se ofrece un programa anual de cursos y talleres para ampliar los conocimientos en distintas disciplinas y actividades artísticas relacionadas con el arte dramático, fotografía, música y danza, así como los Cursos de Verano.

La difusión cultural es la línea en la que la proyección hacia la sociedad es más evidente, con la programación de actividades generales que hemos ido diseñando bajo diferentes enfoques. Con los ciclos temáticos de música de cámara, las audiciones monográficas semanales en la Fonoteca, el programa de exposiciones en nuestros dos espacios, el ciclo Tribus Ibéricas de músicas de raíz, el Festival Internacional de Teatro Universitario o el programa estable de ciclos de cine no comercial, hemos conseguido una sana complementariedad con las otras instituciones y con los programadores privados y comerciales.

Por su parte, la adaptación a los particulares ciclos académicos, la no siempre fluida colaboración de otras instituciones y entidades a la hora de coordinar esfuerzos, la constante renovación del público estudiantil, la fuerte presión de las modas comerciales y, obviamente, los presupuestos cada vez más restrictivos son algunos de los obstáculos más importantes para el desarrollo y mantenimiento de los programas. Son elementos del territorio y en mayor o menor medida condicionan las decisiones y actuaciones.

## ¿Y mañana?

Antes comentaba que el perfil programático que habíamos alcanzado no suponía un trabajo cerrado. En cualquier momento pueden aparecer razones que generen la necesidad de revisar algún programa para introducir cambios, de incluir nuevas propuestas o incluso de prescindir de algún programa. Así, por ejemplo, hubo que reajustar los calendarios de actividades cuando se introdujeron los nuevos planes de estudios con su estructura cuatrimestral que convirtieron a febrero en un mes prácticamente inhábil a efectos de programación. También hubo que ir reconduciendo programas a medida que otras instituciones y entidades iban poniendo en marcha programas similares a los nuestros o, por el contrario, dejaban de hacerlo quedando el consiguiente "hueco" en la programación de la ciudad. Las renovaciones generacionales de las promociones de estudiantes con distintos gustos y costumbres, así como la inexorable influencia de las modas comerciales sobre los hábitos y usos culturales también han supuesto puntos de referencia a la hora de analizar qué contenidos podían estar más o menos indicados. Y los presupuestos, con una constante tendencia a la baja, son quizás el condicionante más crítico forzando a reajustes y a la imprescindible búsqueda de socios y patrocinadores que eventualmente quieren intentar influir en formas y contenidos programáticos.

Sin embargo, a pesar de todo ello y salvo en casos muy puntuales, hemos sido capaces de ir salvando los obstáculos para mantener en cantidad y calidad nuestros programas. El reto es ahora -y ha sido siempre- el mañana. Sabemos lo que se ha conseguido, el cómo y el por qué se ha conseguido, sabemos los esfuerzos invertidos y los obstáculos afrontados, pero nunca sabremos a ciencia cierta si mañana todo lo conseguido será válido. Aunque la experiencia y la madurez dan armas y herramientas para anticiparse en cierta medida a los acontecimientos, de ningún modo aportan seguridad absoluta. Constantemente surgen nuevas necesidades, nuevas propuestas, nue-

vas tendencias y, también, nuevos obstáculos. Pero, en última instancia, estos son elementos que enriquecen y estimulan nuestro trabajo obligándonos a no caer en rutinas ni enfoques obsoletos.

En estos momentos, nuestras preocupaciones están centradas sobre todo en dos cuestiones: por un lado, conseguir más espacios para acoger con mayor comodidad y autonomía los programas de cursos y talleres y por otro, afrontar las limitaciones que imponen unos presupuestos cada vez más restrictivos. El tema de los espacios está condicionado a la posibilidad de ir accediendo a parcelas de nuevas instalaciones universitarias que a ritmo ralentizado se van incorporando al patrimonio institucional. La cuestión de los presupuestos, sin embargo, es un problema que de forma bastante general está afectando a todas las universidades españolas. En este sentido, el mantener las programaciones se hace a veces muy crítico y ya no digamos introducir nuevos programas o incrementar los ya existentes. Los esfuerzos están dirigidos a abrir negociaciones con otras entidades e instituciones para alcanzar patrocinios y colaboraciones que permitan complementar los recursos propios. El caso del convenio "Lugo Cultural", para el campus lucense en el que la Universidad de Santiago, el Ayuntamiento de Lugo, la Diputación Provincial de Lugo y Caixa Galicia comparten esfuerzos y gastos es un buen ejemplo de colaboración. En el campus de Santiago la realidad es bien distinta y las relaciones han de establecerse de manera más compartimentada y puntual.

La década de extensión cultural que he descrito en estas páginas ha supuesto sin duda una intensa y riquísima experiencia personal y de equipo. Haber tenido la oportunidad de diseñar, desarrollar y consolidar un servicio universitario de cultura contando con un grupo de gente tan extraordinario ha sido un privilegio. No puedo, sin embargo, finalizar este recorrido sin reconocer la importantísima labor de los antecesores ya que, si bien no existía el servicio del Área de Cultura, el vicerrectorado desarrolló un extraordinario papel de dinamización en unos años en los que nin-

guna otra institución de Compostela mostraba inquietudes ni preocupaciones culturales. Las necesidades y las condiciones eran otras y el papel desempeñado por nuestra universidad fue encomiable. Las personas que tomamos el relevo, tuvimos que reorientar los enfoques en un contexto diferente y los resultados son los que aquí se recogen. A ver lo que tenemos dentro de otros diez años.

*P. S. M.*

*Director del Área de Cultura de la Universidad  
de Santiago de Compostela*